



**Red
Menonita
de Misión**

La agencia de misión de la
Iglesia Menonita EE.UU.

Missio Dei

Explorando la obra de Dios en el mundo

Porque tanto amó Dios a Afghanistán



**Selección de diarios de una familia
que vivió 16 años en una tierra
devastada por la guerra**

POR STEVE Y SHERYL MARTIN

Missio Dei #21

James R. Krabill, editor de la serie

Missio Dei es una publicación de la Red Menonita de Misión que invita a la reflexión y al diálogo acerca de la misión de Dios en el mundo de hoy. Algunos artículos de esta serie enfocan principalmente los fundamentos bíblicos y teológicos de la tarea de la misión. Otros presentan estudios de casos o historias personales de intentos de personas por ser fieles al llamado de Cristo. Las perspectivas ofrecidas reflejan la pasión y el compromiso de la agencia: declarar en palabra y demostrar en la vida el evangelio integral de Jesucristo, “al otro lado de la calle, en el mercado y alrededor del mundo.”

Director Ejecutivo: _____ Stanley W. Green
Editor: _____ James R. Krabill
Correctora: _____ Karen Hallis Ritchie
Diseño: _____ Cynthia Friesen Coyle
Editora consultiva: _____ Paula Killough
Producción: _____ Brenda Hess
Traducción: _____ Alexander Naula

Copyright © 2013 por Mennonite Mission Network, PO Box 370, Elkhart, IN 46515-0370. *For God so Loved Afghanistan: Journal Selections from 16 Years of Family Living in a War-torn Land*, Steve y Sheryl Martin. La fotografía de la portada fue tomada en 2006.

La Red Menonita de Misión, agencia de misión de la Iglesia Menonita USA, existe para guiar, movilizar y equipar a la iglesia para que participe en el testimonio integral de Jesucristo en un mundo quebrantado. Con oficinas en Elkhart, Indiana; Newton, Kansas; y Harrisonburg, Virginia; la Red de Misión apoya ministerios en más de 45 países y 24 estados de los Estados Unidos.

La Red de Misión se compromete como agencia a proveer recursos pertinentes para la iglesia. *Missio Dei* es uno de esos recursos, e invita a la reflexión y a la conversación en torno a la misión de Dios en contextos del siglo XXI. Se ofrece de manera gratuita a cerca de 1,000 pastores y líderes laicos suscriptos. Pueden adquirirse más copias a \$3.95 cada una, o a \$2.95 para cantidades mayores a 100.

ISBN 1-933845-31-7

Los materiales que aparecen en *Missio Dei* no pueden ser reimpresos o reproducidos de cualquier otra manera sin permiso escrito.

Impreso en Estados Unidos de América.

Prólogo

Afganistán es una nación bella, agradable y aterradora. Si bien pasó desapercibida durante muchos años por el radar internacional, Afganistán afloró a fines de los setenta como un lugar de importancia estratégica mundial, y desde entonces ha estado en turbulencia. En la historia moderna de Afganistán, la presencia cristiana se remonta apenas algunas décadas, a los años sesenta.

Es decir que los expatriados seguidores de Jesús que viven y sirven en este país han estado caminando con el pueblo afgano en una época realmente crucial y difícil. No ha sido un camino fácil, y tales obreros han sido llamados a cumplir una amplia variedad de roles, a veces proveyendo fondos, otras veces personal administrativo, y otras veces hasta enfermeros, médicos, ingenieros, maestros y músicos.

Los menonitas ayudaron a crear redes de trabajo entre compañeros afganos y gente de todo el mundo de su mismo parecer. Entre estos obreros había personas más jóvenes que recién terminaban la universidad, jubilados, profesionales en el auge de su carrera y la joven pareja cuya historia usted conocerá en las siguientes páginas.

La región conocida como Afganistán se encuentra en Asia central y posee una importancia estratégica para Rusia, Pakistán, India, Irán, Estados Unidos, China y otras potencias de la región. Desde hace mucho tiempo, las potencias extranjeras no han podido gobernar el país, pero muchas han intentado ejercer el control vía sus representantes o accionando palancas económicas o militares.

La reciente visibilidad internacional proviene de un golpe de Estado en 1973, cuando un general militar destituyó del poder a la monarquía constitucional del rey Zahir Shah y lo envió al exilio. Posteriormente, el conflicto interno se intensificó y en 1979 la Unión Soviética envió tropas para apoyar a un gobierno de izquierda. Poco después, varios gobiernos

occidentales comenzaron a armar y apoyar de otras formas a grupos islámicos conservadores y ciertos grupos étnicos, conocidos como muyahidines, en su lucha por expulsar a los soviéticos y al gobierno afgano de izquierda.

Steve y Sheryl Martin aparecieron en escena luego de la salida de los soviéticos a fines de los ochenta, pero mientras el gobierno de izquierda de Najibulá se resguardaba en la ciudad capital de Kabul, rodeado por varios grupos paramilitares de muyahidines. Los Martin se sumaron al trabajo local de un socio de la Red Menonita de Misión desde hace mucho tiempo, un consorcio de iglesias y agencias religiosas que han servido en esta nación, donde no existían iglesias locales.

Steve y Sheryl cubrieron una variedad de funciones en la organización y experimentaron el terror y la impotencia de aquellos temibles días de los muyahidines, cuando cohetes azotaban Kabul con regularidad. También tuvieron épocas más estables, aunque la paz relativa llegó con el precio de soportar el control fundamentalista de los talibanes. Los Martin escaparon de algunas situaciones de riesgo —estaban fuera del país cuando expulsaron a trabajadores cristianos que ofrecían ayuda humanitaria— y luego pasaron tiempos levemente más estables bajo el régimen de Hamid Karzai, que comenzó a fines de 2004.

La Red Menonita de Misión reconoce a todos sus obreros de largo plazo por el buen trabajo que hacen. Pero la mayoría no está en la olla a presión espiritual, política, militar y social que ha sido Afganistán. De hecho, dado que la seguridad se ha deteriorado en los últimos años, algunos ex compañeros de trabajo han sido secuestrados o asesinados. Sin embargo, otros siguen adelante con el llamado que recibieron de Dios y la alegría de vincularse con sus amigos afganos es mucho más profunda que cualquier temor.

Ahora Steve y Sheryl Martin viven en Estados Unidos junto a sus tres hijos: Sara, Micah y Elizabeth. Desde la Red Menonita de Misión los seguimos recordando por su extraordinaria capacidad de adaptarse a los cambios, por su decisión de comenzar una familia en un lugar peligroso e inestable y por su sensibilidad para manejar las inciertas y arbitrarias relaciones con el gobierno. Por sobre todas las cosas, los Martin trataron de estar donde Dios estaba obrando en Afganistán, procurando hacer su parte del trabajo para llevar sanación y esperanza a este contexto tan desafiante.

John Lapp
Director para Asia y Medio Oriente
Red Menonita de Misión

Porque tanto amó Dios a Afganistán

Selección de diarios de una familia que vivió 16 años en una tierra devastada por la guerra

Steve y Sheryl Martin

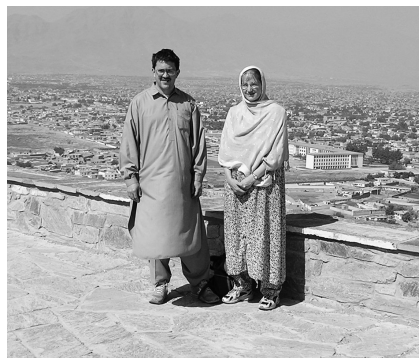
[Dice] el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir: Conozco tus obras. Mira que delante de ti he dejado abierta una puerta que nadie puede cerrar. Ya sé que tus fuerzas son pocas, pero has obedecido mi palabra y no has renegado de mi nombre.

—Apocalipsis 3.7b-8

¡No hay vuelta atrás!

(Sheryl—22 de septiembre de 1991)¹

Mientras descendíamos hacia Kabul por un camino en espiral entre las montañas, lo sentí bien dentro del estómago: ¡ya no hay vuelta atrás! Al desembarcar, el ambiente fresco y seco, aunque soleado, nos saludó como con una bocanada de aire fresco. La escena contrastaba con los agotadores días anteriores en la calurosa y húmeda Delhi, esquivando carretas y tenderos. Veía el aeropuerto, montañas y



Steve y Sheryl en la muralla antigua de la ciudad sobre Kabul, 2006

¹ Todos los nombres afganos de los relatos han sido cambiados para proteger su anonimato. Los proverbios persas afganos figuran en una inscripción con fonética inglesa.

campos mezclados en un gris polvoriento, y sin embargo sentí en mi interior una abrumadora sensación de paz y certeza sobre nuestra llegada. Un menonita canadiense nos dio una cálida bienvenida y procedió a guiarnos en los trámites aduaneros. Era apenas el comienzo de la labor del equipo de expatriados que nos cobijaba bajo su ala, recibiéndonos y ayudándonos a pasar cada una de las vallas y obstáculos de la vida en Afganistán.

Conociendo las costumbres sociales

(Sheryl—28 de septiembre de 1991)

Estábamos relajándonos en nuestro patio bajo el sol del atardecer cuando apareció una mujer de cabello oscuro y rulos en el balcón de la casa de al lado. Nos saludó: “¡Salaam!” La saludamos de esa misma manera y enseguida agotamos nuestro conocimiento del idioma. Luego la mujer pasó a usar un inglés básico: “¡Bienvenidos! Vengan a tomar té”. Steve y yo nos miramos asombrados, sorprendidos por esta invitación espontánea. Nos habían contado que los afganos suelen sospechar de los extranjeros y que nos llevaría mucho tiempo conocer a nuestros vecinos.

Decidimos aceptar la propuesta y de prisa fuimos a la casa de la vecina. Nos encontramos con ella en la puerta y nos invitó amablemente a sentarnos en una sala alfombrada. El único “mueble” era un conjunto de cómodos cojines echados en el suelo contra la pared con almohadones bordados para la espalda. Pronto llegó el té. Nuestra vecina vertió el té negro en delicadas tazas de porcelana china, acompañándolo con dulces. Varios miembros de la familia y niños iban y venían para observar a los nuevos extranjeros.

Pasamos un buen rato comunicándonos, dado que nuestra anfitriona hablaba un inglés muy simple y nuestro conocimiento del idioma persa darí era obviamente inexistente. Justo cuando nos preguntábamos cómo despedirnos con amabilidad, nuestra anfitriona nos invitó a quedarnos a cenar. “¡Vaya!”, pensamos. “¡Qué hospitalidad! ¡Qué buena impresión les estamos causando!” Como no teníamos otros planes, nos quedamos.

Pronto los vecinos nos trajeron *naan* (pan afgano) y una sencilla sopa de verduras acompañada por profundas disculpas: “Lo siento, solamente tenemos sopa, pero la próxima vez haremos arroz pilaf con bollos hervidos, carne y papas fritas...” En ese momento nos dimos cuenta de que no habíamos captado los mensajes sociales y estábamos excediéndonos con nuestra primera visita. Tomamos la sopa juntos, oyendo vez tras vez que nos prepararían un banquete la próxima vez cuando “supieran” que iríamos. Aun entonces dudábamos de cómo era el protocolo indicado para excusarnos educadamente. Finalmente, luego de unas tazas más de té, les dimos las gracias como pudimos y nos retiramos.

La regla de las “tres veces”

(Sheryl—30 de septiembre de 1991)

Como ya hemos empezado a estudiar el idioma, también estamos haciendo aprendizajes culturales. Hoy aprendimos la regla de las “tres veces”: *Las invitaciones sinceras se repiten tres veces y se las debe rechazar educadamente las primeras dos.* ¡Caramba! A pesar de ello, nuestros vecinos no se ofendieron porque nosotros no entendimos sus mensajes sociales. Fieles a su palabra, nos volvieron a invitar a su casa para una cena con todas las “guarniciones”. Y esta vez ya conocíamos suficientes palabras “apropiadas” para hacerles cumplidos y saber cuándo irnos.

Los muyahidines toman Kabul

(Steve—abril de 1992)

Ayer estuve en casa para el almuerzo, en nuestro apartamento de planta alta, escuchando concentradamente por radio las noticias de la BBC (siglas en inglés de la Empresa de Televisión Británica). Desde hace varias semanas, grandes regiones del país han estado pasándose a diario del gobierno comunista afgano a los muyahidines, es decir los combatientes afganos por la libertad. Los muyahidines luchan contra el gobierno comunista desde hace más de una década. Mientras escuchaba la transmisión, el reportero contaba que los muyahidines se estaban acercando a las afueras de Kabul.

De repente, oí que un vehículo pasaba rápido por nuestra calle. Cuando miré por la ventana del piso de arriba vi una camioneta cargada de hombres fuertemente armados, sus cabezas cubiertas con bufandas. Pasaron nuestra casa en dirección al puesto de control militar ubicado al final de la calle. Contuve la respiración a la espera de un inminente tiroteo. Pero para sorpresa mía, reinó el silencio. Los uniformados del puesto de control entregaron sus armas, huyeron o simplemente cambiaron de bando sin oírse un solo disparo.

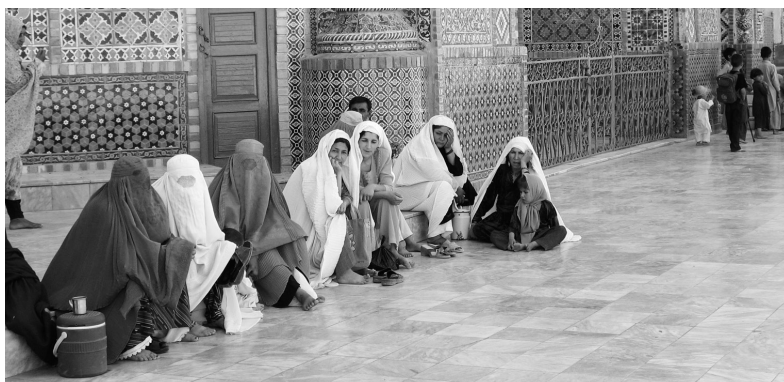
La escena se repitió muchas veces alrededor de la capital. Luego de varios años de lucha, esta enorme ciudad en expansión se rendía a los muyahidines casi sin balas. En cierto modo, fue emocionante ser parte de un hecho histórico que veíamos con nuestros propios ojos y a la vez ¡oíamos en directo por la BBC!



Sheryl de compras en Kabul.

Hoy fui a la calle a ver a un hombre joven del cual nos hicimos amigos en los últimos seis meses. Él ha vivido toda su vida en este vecindario y, al igual que muchos de los afganos de aquí, está cansado de la constante guerra civil. Durante años, la gente ha oído hablar de los “combatientes por la libertad”, y ahora que llegaron, el pueblo está eufórico por deshacerse finalmente del régimen actual. Con cierta razón, todos creían que al encontrarse vencido uno de los bandos, la vida retornaría a algún tipo de normalidad. Mientras mi amigo y yo hablábamos, él sonrió y aseguró que ahora que los combatientes por la libertad habían llegado, la vida sería pacífica y la gente podría vivir libre de preocupaciones.

Yo no quiero amargarlo y oro para que esté en lo cierto. Sin embargo, al escuchar hoy a la BBC y las opiniones de algunos de los expatriados con más tiempo aquí, me pregunto si esto es realmente el *fin* de los problemas o tal vez —dadas las graves rupturas que existen entre los grupos que tomaron conjuntamente la ciudad— sólo el *comienzo*.



Mujeres en Mazari Sharif.

“Vendas menonitas”

(Sheryl—1993)

Ha habido muchas luchas internas entre los diversos grupos de muyahidines. La Clínica de Salud Materno-infantil (MCH, por sus siglas en inglés) en la que trabajo empezó a tratar a los heridos de guerra, a la vez que continúa con la atención médica a bebés y los controles a las embarazadas. Recibimos un contenedor lleno de rollos de vendas de tela del Comité Central Menonita (CCM), a las que enseguida bautizamos como las “vendas menonitas”. El envío es de mucha ayuda, ya que a veces contamos con insumos médicos muy limitados.

Por los enfrentamientos, cuesta conseguir medicamentos y vendas por la frontera. Una mujer tenía una herida profunda por esquivarla en la parte superior del muslo. Le rogamos que fuese al hospital local para que se la limpiaran quirúrgicamente. Ella suspiró y nos dijo que su marido no le daría permiso para ir, dado que allí sólo hay médicos varones. Este hombre, como muchos otros hombres conservadores, no quería que a su esposa la vieran o tocaran otros hombres, ni siquiera médicos. Como el personal de nuestra clínica MCH se componía exclusivamente de enfermeras, médicas y parteras afganas y expatriadas, la mujer sólo podía ir a *nuestra* clínica. Le limpiamos y vendamos la pierna durante varias semanas e increíblemente se le curó.

La ciudad de Kabul ha estado dividida entre facciones de muyahidines desde principio de los noventa, de modo que no podemos ir muy lejos sin cruzar un frente armado. La gente de los puestos militares sabe que somos personal médico y nos pide pomadas para los ojos e insumos médicos. Así que empezamos a llevar “vendas menonitas” y a entregárselas a los soldados de los frentes. Ahora nos dejan seguir nuestro camino sin demorarnos. No bien nos ven a lo lejos, los soldados reconocen nuestro auto y empiezan a hacernos gestos con las manos para que les dejemos vendas!

Encuentros personales—en el hospital, el autobús y el vecindario

(*Sheryl—1993*)

Todo comienza muy sutilmente.

Se miran fijo en la calle, luego intercambian insultos.

No existe el intento de comunicarse con los que son distintos a uno.

Luego comienza la “toma”. Se suben al autobús.

“¿*Aoghan as?*” (“¿Hay algún pastún aquí?”) “¿*Panjsheri as?*” (“¿Hay panjsheris?”) “¿*Hazara as?*” (“¿Hay hazaras?”)

Desaparecen hombres. Reaparecen días después, si tienen suerte.

Rostros magullados, costillas rotas.

Comienzan a volar cohetes, las balas zumban por aquí y allá.

Un bebé inocente—una bala en su cerebro.

Una niña llora mientras le quitan esquivas de su joven y delicada mano.

Un adolescente exhala su último aliento mientras por su nariz sale materia gris.

Familias desesperadas escapan de prisa hacia cualquier lugar. Pero nunca encuentran una vía de escape.

Un joven y fuerte soldado fatigado por la batalla, con una tira de

municiones alrededor del pecho, llora como un bebé al ver a su compañero con color cenizo que respira apenas y se va para siempre.

Dos niños de nuestra calle quedan sin padre.

Los sueños de una niña joven quedan destrozados como su médula espinal atravesada por una bala perdida.

Clamamos: “Dios, ¿dónde estás? ¿Dónde está la justicia? ¿Cuándo cesarán la maldad y el terror? ¿Escondrás tu rostro del pueblo afgano para siempre?”

Aun así, en medio de tal desesperación, hay algunos destellos de esperanza:

- Un trabajador hazara y un maestro pastún muy respetado caminan juntos hacia sus casas para protegerse el uno al otro.
- Dos compañeras de trabajo caminan tomadas del brazo, jurándose amistad aunque los hombres de sus distintos grupos étnicos conspiran unos contra otros.
- Un joven uzbeko se enamora de una mujer pastún y les suplican durante tres años a sus familias para que los acepten. Su persistencia y amor mutuo ganan y por fin se casan felizmente.
- Dos hombres jóvenes ricos de élite se hacen amigos de un obrero mayor, y los tres, provenientes de distintos grupos étnicos, toman té y charlan durante horas.

“La eternidad ha llegado al corazón de estas personas”.

Dos senderos divergentes ... se unen

(Steve—agosto de 1993)

Hoy, un colega y yo viajábamos en taxi entre dos ciudades del norte de Afganistán. Yo observaba el paisaje que me rodeaba, uno que no podía contrastar más con mi comunidad de origen en el centro de Indiana o con el valle de Shenandoah en Virginia, donde Sheryl y yo vivimos durante seis años antes de venir a Afganistán. Lejos de los exuberantes campos verdes a los que estaba acostumbrado, hoy atravesábamos desiertos calurosos y polvorientos propensos a las cegadoras tormentas de arena. En lugar de las montañas ondulantes a la distancia, nos acercábamos a majestuosos picos altos e inhóspitos que se alzaban repentinamente ante nosotros sobre el suelo desértico. Me preguntaba: ¿Cómo podían estos dos mundos ser tan distintos? ¿Cómo podía siquiera empezar a conectarme con la gente a la que estábamos llamados a servir aquí?

De pronto, justo delante de nosotros, un hombre armado y solo le hizo señas a nuestro taxi. Cuando nos detuvimos, el hombre armado nos pidió —¿es un *pedido* si llevas un arma automática?— que lo lleváramos por la carretera. A regañadientes le hicimos lugar apretujándonos a él y su arma en el asiento trasero. Al retomar nuestro viaje, entramos en diálogo con él con los típicos saludos de hospitalidad afgana, usando nuestros limitados conocimientos del idioma para conversar. Al pasar el tiempo, miré de más cerca a nuestro “invitado”. Me impresionó mucho que me resultara familiar, delgado, de barba rala y desalineada, y de mentón angosto, como muchos de los hombres de mi familia extendida de los Estados Unidos. Él era de un grupo étnico grande de Afganistán que descendía de Alejandro Magno, un ario. La gente de este grupo étnico se identifica con orgullo con los europeos, en particular con los alemanes, que también tienen trasfondo ario.

De repente me di cuenta de que en nuestros orígenes, hace cientos de años, su trayectoria familiar y mis antepasados biológicos tomaron senderos distintos. Un sendero condujo finalmente a las raíces suizoalemanas de la tradición anabautista y años más tarde llegaron a Estados Unidos, donde tuvieron muchas oportunidades de elegir incluyendo la libertad de elegir la no violencia como forma de vida. El otro sendero condujo a otro sitio, en muchos casos a la guerra y la conquista, y aquellos que siguieron ese sendero nunca regresaron de las hazañas y conquistas de su padre fundador, el famoso joven guerrero Alejandro de Macedonia.

Ahora, años más tarde, la familia que tomó el segundo sendero sigue viviendo entre conflictos violentos por todos lados —conflictos que se han cobrado la vida de millones de personas en toda esta tierra, incluyendo muchas de las de los miembros de su familia étnica. ¿Acaso la notable divergencia de estas dos historias fue resultado de elecciones dramáticas, deliberadas y conscientes, o fue más bien consecuencia de múltiples decisiones cotidianas tomadas en incontables pequeños pasos a lo largo del camino de la vida?

Mientras contemplaba esta realidad, me intrigaban y fascinaban los ridículos senderos que Dios me había hecho atravesar. Aquí estaba yo, un menonita protegido e ingenuo, en medio de un país ubicado en el otro extremo del mundo, en el asiento trasero de un taxi, apretujado entre un presbiteriano a mi derecha y un hombre con una AK-47 cargada a mi izquierda —un hombre que, parado en una fila, podría pasar por uno de mis parientes amish alemanes. De repente me pregunté: ¿Cómo podían nuestros mundos ser tan parecidos? ¿Cómo podía *no* conectarme, servir y aprender a amar a esta gente que me rodeaba?

Proverbio persa afgano:

Del ba del ra daara. (“Hay un camino de corazón a corazón”).

Un día en la vida del director financiero

(Steve—*invierno de 1994*)

¡Qué empleo tengo como agente financiero de nuestra organización! La economía de este país funciona únicamente con papel moneda que la gente obtiene del mercado negro —¿o será gris? ¿Cómo puede existir un mercado cuando no opera ningún sistema bancario? A menudo, para “intercambiar” dinero para la organización, voy a un sinnúmero de pequeñas tiendas y durante el té, negocio el mejor precio con los comerciantes. Una vez estuve en una tienda cuyo dueño abrió una caja fuerte sencilla y sacó fajos de billetes con cien mil dólares en cada fajo... ¡y en esa misma caja había muchos fajos más!

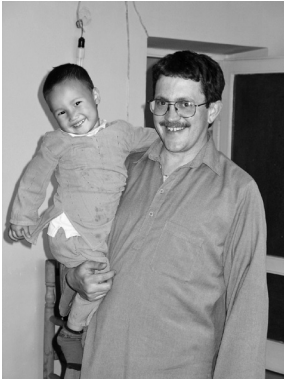
Por supuesto que el volumen de aquellos fajos de dólares eclipsa los fajos de dinero que se reciben cuando se cambian dólares estadounidenses por moneda afgana. La tasa de cambio actual entre ambas es de unos 6,000 *afganis* por dólar, y el billete de afganis más alto es de “1,000”. Hace poco tomamos una foto en la que yo parecía un ladrón de bancos de mala fama con un maletín lleno de dinero. Sin embargo, teniendo en cuenta que los billetes eran afganis, el valor real que contenía el maletín era de apenas unos pocos cientos de dólares. Cualquiera que desee cambiar un fajo de cien billetes

de cien dólares debe tener en cuenta que regresará a su casa con dos grandes maletas de viaje llenas de afganis a cuestas!

Hace dos semanas, cuando fuimos hacia el centro de la ciudad para cambiar dinero, el “mercado” se encontraba cerrado debido a la inestabilidad política. No obstante, los cambistas tenían agentes ubicados a la orilla del río negociando al aire libre. Como necesitábamos efectivo para que nuestros proyectos siguieran en marcha, negociamos con uno de aquellos “banqueros”. De pronto, oímos un silbido estridente —sonido al cual nos hemos acostumbrado, que se oye justo antes de la inevitable explosión de un cohete. Últimamente la ciudad ha sido atacada a diario con cohetes,

y a muchos de nosotros nos sucedió que llegábamos a cierto lugar justo cuando la explosión ocurría en un sitio cercano al centro de la ciudad. Para los “veteranos” presentes en la multitud, bastante acostumbrados e insensibilizados ya ante estos hechos comunes, era un espectáculo divertido. Luego nos informaron que “si oyes el silbido, estás a salvo”; el problema es “cuando *no* lo oyes” —palabras poco tranquilizadoras para la vida cotidiana.

Por estas realidades, el mercado está prácticamente cerrado debido al peligro constante de los ataques con cohetes. Pero un día en particular necesitábamos efectivo desesperadamente. Habíamos hecho durar todo lo



Invierno de 1994, Steve

posible lo que teníamos, pero como llegaban las fechas de pagos de salarios y los proyectos ministeriales seguían marchando, debíamos encontrar dinero en algún lugar. A uno de nuestros compañeros de trabajo le hablaron de un amigo que conocía a un amigo que a su vez conocía a otro amigo que tenía afganis para cambiar por dólares. Así que tres de nosotros emprendimos el viaje en un auto viejo de la oficina aquella mañana tan fría y tempestuosa, y atravesamos la ciudad en busca del dinero.

Todo nos fue bien al comienzo del día. Llegamos a la casa indicada, entramos y negociamos el precio —aunque disponiendo de un solo proveedor y con nuestra gran demanda, era un desafío obtener un valor decente. Arrastramos la carga —un bolso de lona lleno de “ladrillos” de billetes que valían unos centavos cada uno— hasta el auto con la única intención de salir rápido. Nos subimos, activamos la llave de encendido... y el motor se negó a encender.

Uno de nuestros hombres abrió el capó y empezó a manipular la batería. Eso atrajo primero a un espectador que andaba por la calle, y luego a otro, hasta que en pocos minutos se formó una pequeña muchedumbre a nuestro alrededor. La gente empezó a mostrar su interés no sólo en el auto averiado, sino también en esos tres extranjeros que nadie conocía en ese vecindario. A esa altura, comprendimos que lo más expeditivo que yo podía hacer era deambular por la calle con mi bolso de lona lleno de dinero y buscar un taxi que me llevara por la ciudad hasta la oficina.

La idea no era *mala*, pero pronto sentí que estaba yendo de mal en peor, ya que las calles estaban prácticamente vacías por los enfrentamientos en curso dentro de la ciudad. Finalmente logré parar a un taxi, pero el que encontré quería cargar “otros” pasajeros, en lugar de que yo, siendo un solo pasajero, lo utilizara de forma privada, tal como yo deseaba.

Me comprimí para entrar al taxi y pronto recogimos a varios oficiales del ejército que también se dirigían al centro de la ciudad. Me hicieron algunas preguntas y pronto se me hizo evidente que estos no eran oficiales del ejército *comunes y corrientes*, sino unos que habían apoyado al régimen comunista antes de su fin. Cuando los hombres descubrieron que era estadounidense, el clima se puso hostil. Querían saber “por qué el gobierno de Estados Unidos hizo *esto*” y “por qué no hizo *aquello*”. Enseguida les informé que yo no tenía nada que ver con el gobierno de Estados Unidos ni su embajada, y que en realidad estaba trabajando con proyectos de asistencia médica

**Proverbio persa
afgano:**

Koh ar qadar ke beland baasha baaz am sare khud raa daara. (“Hay un camino aun hasta la cima de la montaña más alta. Dios es más poderoso que cualquier obstáculo”).

en el país. Esto ayudó a cambiar el clima inmediatamente y para cuando llegamos al centro de la ciudad los hombres me invitaban a tomar un té. Considerando mi valioso cargamento, rechacé amablemente la invitación. Ahora esperaba poder atravesar el resto de la ciudad sin incidentes. Fue un lindo pensamiento, porque en realidad mi día recién comenzaba y tendría aventuras más emocionantes que *esas*.

Para ir de un lado de la ciudad al otro, uno debe pasar por una rotonda que es la versión de Kabul de la “Línea Verde” del Líbano de los ochenta. Algunos días, con conductores de ciertos grupos étnicos, esto no representa ningún problema. Otros días, últimamente, los conductores se niegan a acercarse siquiera a la rotonda si hay mucha tensión entre los grupos locales en conflicto. Desafortunadamente, mi taxista de ese día me informó que este

era “uno de esos días” y que no se acercaría ni un centímetro más de donde nos encontrábamos, a cerca de un kilómetro y medio de la rotonda. Sin ver una buena alternativa y consciente aún de que siendo extranjero atraía mucha atención cargando miles de dólares en moneda local en mi bolso, concluí que mi única salida era bajarme del taxi y caminar, con la esperanza de que los compañeros de trabajo que había dejado atrás me alcanzaran.

Dado que cada camino parecía anticipar un desastre, partí en un acto de fe. Al estar en movimiento, envuelto en mi abrigo de invierno, no parecía tanto un extranjero que llamara involuntariamente la atención. Sin embargo, al desplazarme, me acercaba cada vez más a la rotonda. Al hacer esto, era cada vez más consciente de lo desértico

del entorno que me rodeaba. Pensé que esto sólo podía significar que el grupo armado de la rotonda estaba en plena actividad deteniendo y hostigando a todos los que se acercaran a su esfera de poder. Comencé a ponderar qué diría para salir de aquella situación.

Los viajeros que se acercan a la rotonda pasan entre dos montañas situadas al borde de la ciudad. Uno siente que está entrando a una rampa que te arroja hacia la civilización del otro lado de la rotonda. Yo me encontraba en la mitad de esa rampa, tal vez a unos 200 metros de la rotonda, cuando oí un vehículo que se me acercaba por detrás. Al darme vuelta vi que no eran mis colegas que venían a rescatarme, sino un vehículo de la Cruz Roja que



Vacunación en la Clínica de Salud Maternoinfantil.

me pasaba avanzando a toda prisa. Justo cuando mi corazón se desfallecía por perder esta última oportunidad de refugio, las luces de los frenos se encendieron y el vehículo hizo marcha atrás. El conductor, otro extranjero de Italia, me dijo que subiera y, con su inmunidad, llegamos a salvo hasta el otro lado de la rotonda sin necesidad de reducir tanto la velocidad.

Cuando el conductor me dejó en nuestra oficina, me informó que lo que había hecho era completamente contrario al protocolo, pero que al pasarme una voz interior le dijo que debía detenerse para ayudarme. Yo sospecho que en un principio ni siquiera se había dado cuenta de que yo era un extranjero como él, sino que había visto a un ser humano a pie en una situación difícil. Lo he apodado mi “ángel” de la Cruz Roja.”

Desearía poder arreglar todo... pero no puedo

(Sheryl, 17 de marzo de 1994)

Soriya regresó hoy a la clínica. Es una mujer de 27 años que quería que le diéramos un medicamento para abortar. Estaba embarazada de tres meses por su “prometido”, quien se fue a Pakistán a buscar trabajo. Toda la familia de ella había muerto en un ataque con cohetes unos años antes y y fue criada por su tía. Había ido antes a la clínica, desesperada y con ganas de suicidarse, totalmente impotente. (Siempre se culpa a la mujer embarazada no casada, no importa cuales sean las circunstancias, y a veces los parientes la matan para salvar la honra de la familia.) Le habíamos dicho que no podíamos ayudarla de esa manera y hablamos con ella. Lloramos y oramos juntas, y le sugerimos varias ideas para una solución posible.

Hoy regresó y parecía otra mujer. Su cara y su cuerpo estaban más livianos, y sólo las oscuras sombras alrededor de sus ojos mostraban la aflicción de la semana anterior. Me dijo con felicidad que “el bebé se cayó”. Le pregunté: “¿Solo?”, preguntándome si de hecho Dios había obrado un milagro en ella. “No”, respondió. Había vendido sus aros y pendientes de oro, quizá uno de los pocos recuerdos de su madre, y se había hecho un aborto. Continuó: “Por favor, examíneme, y asegúrese de que no hayan quedado bracitos o piernitas...” Le palpé debidamente su suave vientre, ahora vacío.

Tenía sentimientos muy encontrados al hablarle. Sentía dolor y tristeza por la muerte del bebé. Sin embargo, Soriya ya había salido del pozo oscuro de la desesperación. Antes yo había temido que intentara suicidarse, como me contó que de hecho había intentado previamente. Sin dudas no estoy en condiciones de juzgarla por haber elegido la única opción que ella sentía que tenía. Me sentí tan impotente, sin alternativas para ofrecerle. Ni siquiera podía darle un refugio seguro, un sitio donde quedarse. Actualmente vivi-

mos como familia en una habitación, con la casa llena de gente. Tal vez sea mi “americanidad” que desea poder arreglar todo y modificar situaciones.

“Si te sientas con nosotros, serás como nosotros”.

(Steve, marzo de 1995)

Los últimos días han sido de los más difíciles que hemos tenido en Afganistán. Ayer por la mañana fui a trabajar como de costumbre. Como la mayoría de las noches en los últimos seis meses, nuestra zona de la ciudad ha recibido disparos de francotiradores como parte de la guerra civil en curso en la ciudad. Ayer se quebró el frente entre las dos facciones en guerra, de modo que se desataron feroces batallas en la calle, en la puerta de nuestra casa.

Mucha gente de nuestro vecindario salió corriendo literalmente. Nosotros nos quedamos en casa, agachados donde fuera que nos encontráramos en ese momento. Sheryl estaba en una clínica médica a sólo tres cuadras de la oficina, pero ninguno de nosotros se atrevía a andar por la calle. Luego de varias horas de lucha, otra facción tomó el control de la zona y grupos de bandidos comenzaron con los saqueos. Yo me había refugiado con varias otras personas en una casa ubicada al lado de la oficina y frente a nuestra casa.

Proverbio persa afgano:

*Ba maa neshini,
maa shawi.*
("Si te sientas
con nosotros,
serás como
nosotros".)

Luego de que los bandidos se fueran —o al menos eso creí— noté desde el frente que la puerta delantera de nuestra casa estaba abierta. Suponiendo que nos habían saqueado, obtuve permiso para ir a verificar el daño. Al hacerlo, pasé por entre el grupo de hombres armados que aún se encontraban robando nuestro hogar. Era un momento que requería de una oración rápida para pedir sabiduría. Sentí que el Señor me dejaba muy en claro que no debía dar media vuelta y marcharme. Los saqueadores no me habían visto, pero podían optar por dispararme antes de hacerme preguntas si me veían.

Ahora había recibido el valor para confrontarlos con tono valiente en su idioma y con los tradicionales saludos de hospitalidad que habíamos aprendido al vivir en Afganistán. No sé si los más impactados eran ellos o yo. Pero luego de refunfuñar un poco, tomaron sus armas automáticas y algunas cosas nuestras que habían juntado, salieron de la casa a regañadientes y volvieron a la calle.

Anoche, desafortunadamente, resultó ser más desafiante aun. Dos veces durante la noche, un grupo de ladrones ingresó a la casa donde nos alojábamos los cuatro que estábamos en la oficina. Nos amenazaron de muerte exigiéndonos que les diéramos un dinero que no teníamos. En ambas ocasiones, los

ladrones terminaron yéndose, pero fue una experiencia aterradora para todos. Deseábamos que llegara la luz de la mañana y agradecimos cuando finalmente llegó. Temíamos que si regresaban una tercera vez, recurrirían a una violencia mayor.

Hoy me animaron dos personas que hablaban sobre esta situación. Primero recibí un télex de parte de una compañera de oración de Estados Unidos que ayer había recibido palabras para nosotros en el momento en que sucedían los acontecimientos. Nos dio las siguientes palabras: “Instruyan, fuerza, esperanza, paz y alegría”. No hay duda de que he necesitado “fuerza” y “esperanza” en estas últimas 24 horas; espero tener las otras en los próximos días.

La segunda palabra de aliento de hoy vino de un vecino y amigo afgano que expresó que hasta estos últimos acontecimientos, habíamos vivido al lado de ellos, pero que seguíamos separados porque siempre teníamos la posibilidad de apartarnos de la situación de peligro a la que muchos de ellos estaban confinados a vivir. Ahora que habíamos sufrido un incidente similar al de muchos afganos, declaró: “Ahora eres realmente uno de nosotros.”

Un sabio consejo de Ali, un verdadero amigo y hermano

(Steve, septiembre de 1997)

Mientras la avioneta despegaba de la pista del desierto, reflexionaba sobre todo lo que había acontecido en las últimas semanas.

- Hace dos semanas, la violencia irrumpió una vez más en la ciudad de Mazar, en la que varios partidos se disputaban el poder.
- Dos semanas antes de eso, el hombre fuerte que controlaba la ciudad fue derrocado y después de dos días de violencia fuimos evacuados del país hacia el norte con un convoy de las Naciones Unidas y vehículos de ayuda.
- Poco después, la ciudad volvió a la calma y regresamos.
- Ahora, la inestabilidad ha vuelto de repente y nos hallamos sin una vía de escape terrestre.

A diferencia de las ocasiones anteriores cuando éramos sólo Sheryl y yo tomando una decisión sobre una posible evacuación, ahora éramos padres de Sara y éramos responsables de ella también. Nos habíamos mudado a la relativamente pacífica ciudad de Mazari Sharif luego del nacimiento de Sara en Estados Unidos. Mientras debatíamos si debíamos esperar a que pasara

la actual ola de disturbios, nuestro amigo Ali llamó a la puerta de casa.

Conocía a Ali desde hacía un año y lo había ido a visitar periódicamente en su casa. Cuando vino esta vez y llamó a la puerta vi la preocupación en su rostro. Sus palabras aún resuenan en mi mente mientras estoy en el avión y me siento arrojado una vez más hacia un futuro incierto.

Ali había venido a aconsejarnos. “Nunca te he dado un consejo directo”, me dijo. “Pero esta vez me siento obligado a hacerlo. Mi familia y yo estamos empacando para irnos de esta ciudad mientras podamos. Iremos a Irán. Tal vez no vuelva a verte, pero vete por favor con tu familia, porque la situación se está deteriorando y no estarán a salvo si se quedan”. Cuando Ali dejó nuestra casa, fue la última vez que lo vi. Quedamos con el corazón apesadumbrado por este vuelco repentino de los acontecimientos.

Ahora, dos semanas después, el mensaje profético de Ali nos parece acertado. Luego de varios días intensos en que hemos considerado todas las vías de evacuación y todas se nos negaron, y con la creciente animadversión hacia los extranjeros en la calle, una cantidad de extranjeros han sido llevados a escondidas a la pista de aterrizaje militar de tierra en el desierto para que los evacuaran de la ciudad. El aeropuerto adecuado para la ciudad es uno de los sitios donde los enfrentamientos han estado ocurriendo, volviéndolo inseguro e inutilizable. Los partidos enemistados que se disputan el control de la ciudad han acordado un alto al fuego para que los trabajadores extranjeros que elijan ser evacuados puedan irse en aviones provistos por una agencia internacional.

En el aeropuerto improvisado, pronto fue obvio que los dos aviones provistos para las evacuaciones distaban mucho de ser lo suficientemente grandes para la cantidad de evacuados presentes. Se les daba prioridad a las mujeres y los niños, de modo que Sheryl y Sara —ya de casi 2 años— se amontonaron en uno de los aviones, junto con muchos otros, y despegaron rumbo a Pakistán. Me senté y esperé junto a media docena de hombres a que regresaran los aviones en aproximadamente tres o cuatro horas.

No era seguro regresar a la ciudad, así que nos sentamos debajo de un árbol bajo el sol abrasador y esperamos. Las horas pasaban lentamente y, extrañamente, los soldados del aeropuerto no nos ofrecieron té, confirmando el sentimiento de rechazo a los extranjeros que se había instalado en toda la ciudad. Finalmente, cuando el sol se acercaba al horizonte del Oeste, oímos un avión. Aterrizó, se arrimó hasta donde estábamos nosotros y, sin apagar las hélices, embarcó al resto de los pasajeros. El avión rodó por la pista, dio la vuelta y despegó ante el sol poniente. Unos minutos más tarde, la tripulación nos informó que les habían dado tiempo hasta el atardecer

para salir —ya que el atardecer le pondría fin al alto el fuego.

Ali fue una de las pocas personas que nos dieron consejos directos. Nos aconsejó como un amigo, como quien parece un hermano. Agradezco que sus palabras nos liberaron, haciéndonos más fácil la decisión de marcharnos. Ali se arriesgó físicamente al ir a vernos, y así nuestra relación tuvo un cierre, viendo que tantas otras relaciones nuestras han concluido sin su correspondiente adiós.²

Perder a Najib

(Sheryl, 1998)

El recién nacido Najib le echó una mirada al radiante y frío mundo mientras tomaba su primer aliento. La partera dio un pequeño grito entrecortado que pasó desapercibido para la madre. La boca del bebé hizo el movimiento de succión normal, pero debido a una fisura en su paladar no podía prenderse bien al pecho para amamantar adecuadamente.

Conocí a la madre de Najib poco después del nacimiento de él en el hospital de maternidad. Los integrantes de la familia de Najib eran refugiados pobres de una aldea ubicada fuera de la ciudad de Kabul. Por las luchas en la aldea habían huido a Kabul para pasar allí el invierno. Estaban viviendo en una pequeña habitación sin calefacción de ladrillos de barro cercana al hospital. La atareada madre de Najib también cuidaba a varios otros niños pequeños. Los visité varias veces, animando a la madre a seguir sacándose leche y a dársela en cucharita al recién nacido.

Desafortunadamente, no teníamos pezoneras especiales ni biberones para los recién nacidos con problemas para succionar. La última vez que llamé a la puerta de la vivienda de esta familia, una vecina asomó la cabeza y dijo que habían regresado a la aldea. Le pregunté por el bebé y me dijo que había muerto. Quedé conmovida al oír que un bebé podía morir sólo por una dificultad para succionar. La vecina me dijo con calma: “Bueno, gracias a Dios era un bebé tan pequeño que la familia pudo enterrarlo discretamente sin tener que hacer grandes gastos por su funeral”.

Me marché, entristecida por la pobreza, la guerra y mi terquedad, que contribuyó a la muerte de este querido bebé. Había insistido con que amamantara, cuando la pobre y agotada madre no era capaz de seguir todos los pasos requeridos para amamantar a su bebé con necesidades especiales. Podría haber remitido a Najib a un centro de nutrición de la ciudad, donde a

²Dos meses más tarde, en noviembre de 1998, nos mudamos nuevamente a Afganistán, a la ciudad de Kabul, donde había mayor seguridad que en Mazari Sharif.

su madre le habrían dado leche maternizada para alimentarlo. Mi fanatismo por el amamantamiento me había cegado a las imposibilidades de la vida de esta madre refugiada.

**Proverbio persa
afgano:**

*Khaarpushtak
chuche*

*khud-a mega:
"Bakhmali
bachem."*

(Literalmente:

"Un

puercoespín

le habla a su

cría y le dice:

'Oh, mi niño
de terciopelo.'"

Significado: "El

niño de una

madre tiene

una belleza

especial para

ella".)

Las mujeres se unen... bajo el radar

(*Sheryl, abril de 1999*)

Se está volviendo cada vez más difícil vivir y trabajar aquí en Afganistán. El régimen actual sigue endureciendo las restricciones. Las mujeres afganas no tienen permiso para ir a la casa de los extranjeros ni para trabajar para organizaciones no gubernamentales (ONG). No puedo tener una ayudante para las tareas del hogar y las vecinas no vienen de visita. Puedo salir e ir a otros lugares, pero cada vez hay menos mujeres afganas en la calle.

Sí me encanta cuando voy a la clínica a trabajar con el grupo de asistentes de nacimientos tradicionales. Nos resulta muy natural conversar, tomar té y trabajar con las clases de salud. Casi no veo otras mujeres afganas el resto de la semana. Sin embargo, hemos decidido terminar el proyecto de redes mosquiteras para camas. Es demasiado peligroso para las mujeres hacer envíos a la oficina, así que hemos dividido el grupo en varios grupos de mujeres más pequeños que irán a distintos lugares. Esperemos que esto no les haga llamar la atención.

Las mujeres reciben de mí las materias primas y luego las cosen en su casa. Semana por medio —cambiamos el día y la hora periódicamente para que nadie detecte la rutina— las mujeres vienen a entregar las redes acabadas, reciben su paga y se llevan más materiales. Aprovechamos esos momentos para conversar y tomar té, ya que los encuentros sociales son poco comunes estos días para las mujeres. Nuestro pequeño Micah está captando mucha atención. Las mujeres creen que es un

bebé hermoso. Tiene ojos marrones oscuros y una densa cabellera oscura, por lo que podría pasar por un bebé afgano.

Sobre la medicina y el mulá

(*Sheryl, mayo de 1999*)

Aún sigo aprendiendo mucho sobre esta cultura. Un día, mientras conversábamos en un grupo, una mujer comentó que estaba preocupada porque su hijo se enfermó de *zardi* (amarillez). Yo comenté: "En realidad no se

necesita un tratamiento médico para la hepatitis. Sólo haz que tu hijo descanse mucho y tome mucho líquido. Si sigues preocupada, llévalo a la clínica para que lo examinen.” Luego habló otra mujer: “Oh, yo conozco a un *mulá* que puede orar por tu hijo y expulsar al espíritu de la ‘amarillez’.” Cuando las mujeres salían juntas, ya estaban haciendo planes para visitar al *mulá*.

Divididos entre “el país de nuestro pasaporte” y “nuestro país anfitrión”

(Steve, septiembre del 2001/EE.UU.)

La vida nos llegó casi demasiado rápido en los últimos dos meses. Elizabeth nació en julio aquí en Estados Unidos, y parece que por fin entendimos cómo hacer los trámites para regresar a Afganistán cuanto antes.

La mañana del 11 de septiembre, poco menos de ocho semanas después del nacimiento de Elizabeth, iba en auto a la agencia de viajes para retirar nuestros boletos de avión para el vuelo de regreso. En el camino, encendí la radio y sintonicé a un reportero del centro de la ciudad de Nueva York que informaba que un avión se había estrellado contra una de las Torres Gemelas. Mientras el periodista continuaba con el informe, un segundo avión chocó contra la segunda torre. De inmediato supe que se trataba de un atentado y supe también quién estaba detrás del mismo.

Comencé a andar más despacio y el corazón se me desplomó. En el centro busqué algunas cosas que necesitaba, antes de pasar por la agencia de viajes. En la primera tienda que visité, vi imágenes de los aviones. De repente, supe que nuestro

vuelo, programado para unos pocos días más adelante, no se concretaría. Nuestro mundo personal se estaba dando vuelta catastróficamente delante de nosotros. Hacía tiempo que conocíamos las amenazas de asesinatos provenientes de Afganistán. Pero aun así, la audacia del ataque nos sorprendió.

Hoy en la iglesia tuvimos la oportunidad de compartir como congregación las emociones crudas que todos sentíamos. Para nosotros, sin embargo, es más crudo que para la mayoría. Mientras que muchos de la sociedad que nos rodea arden de ira y quieren venganza por lo que ha sucedido, nosotros nos sentimos divididos entre la violencia que se ha llevado a cabo en “el país de nuestro pasaporte” y la violencia que se proyecta y que sin dudas llegará a “nuestro país anfitrión”.



Nuestro modo de transporte preferido en Kabul (2004).

Nos preguntamos qué será de toda la gente que hemos conocido en Afganistán, que no tiene nada que ver con los sucesos del 11/S que han ocurrido aquí. Los afganos han sufrido durante años en su país bajo la opresión de la guerra y la injusticia. Ahora padecerán más violencia por los actos de personas —muchas de las cuales ni siquiera son afganas— que residen actualmente en su país sin haber sido invitadas por los afganos. ¿Qué alternativa tienen los afganos en todo esto más que aceptar más miedo y sufrimiento?

Clamamos por aquellos que han perdido a sus seres queridos *aquí* y por aquellos que han perdido y perderán a sus seres queridos *allá*. Nos preguntamos: ¿dónde está la justicia? Es fácil querer arremeter contra aquellos que no conocemos. Pero, ¿cuánto saben los estadounidenses al respecto, si es que saben algo del sufrimiento de los afganos? Nos preguntamos: ¿podremos regresar algún día a Afganistán y ver qué les ha ocurrido a nuestros compañeros de trabajo y amigos?

Hoy agradecí que nuestra congregación estuviera dispuesta a dejarnos expresar nuestros sentimientos más profundos sobre estos temas. Esos hermanos y esas hermanas han sido verdaderamente el rostro de Cristo para nosotros en estos tiempos difíciles.

**Proverbio persa
afgano:**

*Dewaalaa
mush daara,
musha gosh.*
(Lit.: “Las
paredes tienen
ratones y los
ratones tienen
orejas.” Sig.:
“Ten cuidado
de lo que
dices porque
nunca sabes
quién está
escuchando”.)

Reflexiones sobre los musulmanes afganos que conozco

(Sheryl, 11 de septiembre de 2001)

Los musulmanes afganos que yo conozco son muy trabajadores, hospitalarios y respetuosos. No odian a los “am-rika” ni a los cristianos.

Kaka-jan (“el tío”). Puedo ver a Kaka-jan, un hombre tranquilo, como un abuelo, que trabajó en casa cocinando y limpiando. Quería mucho a Sara y Micah, y les preguntaba: “*Chai mekhori?*” (“¿Quieren té?”) Luego les preparaba un té dulce y calentito con leche.

Cuando Micah empezó a emitir sonidos a los 18 meses, diciendo “da, da, da, da”, Kaka-jan lo alentaba: “da, yaz-da, duwaz-da (10, 11, 12)”. ¡Y *nosotros* creíamos que Micah trataba de decir “¡Dada!”

Kaka-jan aprendió a construir con los duplos (ladrillitos encastrables de juguete) y a veces entretenía a Sara y Micah mientras yo hacía mandados. Kaka-jan era tan amable y cariñoso con nuestros hijos como los propios abuelos de ellos. Luego de hallar y matar a varios escorpiones en nuestra

casa, Kaka-jan quería traernos un ladrillo especial de un santuario de su aldea que, según la creencia popular, tiene poderes mágicos para alejar a los escorpiones. Le agradecimos afectuosamente y le dijimos que oraríamos a Jesús para que protegiera a nuestros hijos.

Nuestro maestro de idioma. Nuestro maestro de idioma era un pastún distinguido y con muchos estudios. Era muy correcto, y dado que quería ser respetuoso con nosotros como extranjeros, nos hablaba en un persa darí alto y formal. Nosotros lo mirábamos como atontados. Al final lo interrumpimos educadamente: “Discúlpenos, estimado maestro. Le pedimos que nos hable como si les hablara a sus hijos pequeños. ¡No entendemos darí formal!” Desde ese día, empezamos a aprender el idioma y nos hicimos amigos de él y su familia.

Oímos cómo había hablado contra el gobierno anterior y que estuvo preso durante ese régimen. Su hija del medio nació durante su encarcelamiento y la llamaron “Memoria” —ya que no sabían si alguna vez lo liberarían. Luego de cumplir su condena, nuestro maestro fue extremadamente cuidadoso con su discurso, aunque a veces nos hablaba en tono muy bajo de sus verdaderos sentimientos sobre el gobierno.

“Su seguridad está en Dios”

(*Steve, fines del 2002*)

Ramadán, el mes musulmán del ayuno, acaba de concluir. Es nuestro primer año en Kabul luego de la caída del régimen anterior en manos de los estadounidenses y otras fuerzas internacionales en coalición con el ejército afgano. A diferencia de los años anteriores, cuando los vecinos temían que nuestras visitas llamaran indeseadamente la atención sobre ellos, ahora nos han invitado decididamente a volver sus hogares. Hoy visitamos a nuestros vecinos de enfrente. Durante muchos años, habíamos visitado a los vecinos clandestinamente en estos días feriados *Eid* (festivos), pero hoy lo hicimos abiertamente.

Durante la mayor parte de la década desde que llegamos a Afganistán en 1991, hemos sido unos de los pocos extranjeros que vivían en el país. Pero este año, la cantidad de extranjeros tuvo su auge: hay literalmente miles de voluntarios, contratistas privados, trabajadores de agencias gubernamentales extranjeras y numerosos diplomáticos en la ciudad. Es más, gran parte de la seguridad física de estas entidades instaladas en la ciudad se efectúa a través de las fuerzas de seguridad internacionales. A la mayoría de las entidades extranjeras las protegen agentes de seguridad que portan armas

**Proverbio Persa
afgano:**

*Yak amsaaya
pesh az yak
hazaar khash.*
 (“Un buen
vecino es
mejor que mil
parientes”.)

automáticas, y aquellos que trabajan para ellos viven con la mentalidad de fortalezas, resguardados tras muros y barreras resguardados.

Nuestro tranquilo vecindario sigue siendo una anomalía, considerando que vivimos en la era post 11/S casi del mismo modo en que hemos vivido durante muchos años parecido a nuestros vecinos que viven en recintos con paredes simples. En una visita reciente al hogar de uno de nuestros vecinos, un pariente suyo pasó para verlo. El vecino empezó a contarle a su pariente quiénes éramos. El pariente nos miró y con mucha sorpresa en su voz preguntó: “Venía por la calle y entré. No vi ningún muro fortificado ni guardias armados. Esta gente no trae armas ni guardaespaldas. ¿Dónde está su seguridad?” Nuestro vecino respondió sin vacilar: “¡Su seguridad está en Dios!”

El cuento de dos niñas, Sima y Elizabeth

(*Sheryl y Steve, 2004*)

Kabul, Afganistán (enero de 1993). Kabul a principios de 1993: ni un buen lugar ni una buena época en la cual nacer. La ciudad se había transformado en un campo de batalla. Las balas y cohetes pasaban chillando por sobre la gente, y así muchos kabulíes abandonaron su hogar. Aun así, en medio del temor y la muerte, nacían vidas.

A Sima la recibieron cálidamente los cariñosos brazos de su madre, su padre y sus tres hermanos y hermanas mayores. No sabía ella que en el momento de salir al mundo, su mundo se desmoronaría. Cuando Sima tenía apenas 40 días, un cohete azotó el hogar de su familia y sus padres murieron trágicamente. Ella se salvó, junto con su hermana y sus dos hermanos, y desde entonces sus abuelos los criaron.

Los niños fueron a vivir a la casa de sus abuelos, pasando de un vecindario destruido a otro, sobreviviendo con los empleos que el abuelo tenía de día. “Baba” iba todas las mañanas a la carretera del mercado y con su pala esperaba sentado a que alguien lo contratara para trabajar ese día. Los días buenos, la familia comía pan, arroz y verduras al atardecer. Los demás días, se iban a la cama con hambre.

Sima no tenía madre que la amamantara, de modo que creció débil y enfermiza, a pesar de que su familia extendida intentaba cuidarla lo mejor que podía. Varios años después empezó a tener infecciones de oído y a menudo se despertaba de noche llorando del dolor. Sus abuelos apenas tenían suficiente dinero para alimentar a los niños, de modo que la atención médica estaba obviamente fuera de sus posibilidades. Así que los abuelos de Sima la acunaban de noche y la mecían hasta que volvía a dormirse intermitentemente. Los años pasaron mientras una infección de oído tras otra le causaron una otitis

media crónica, la cual le infectó el hueso del oído. El oído de Sima emanaba un olor tan intenso que cualquiera que estaba cerca de ella fruncía la nariz.

Los niños crecieron y aprendieron a tejer alfombras, una habilidad ideal para deditos ágiles. El mundo que los rodeaba también cambió, de los muyahidines a los talibanes. Con esto, los cohetes cesaron y sus vidas se volvieron más tranquilas, aunque siguieron siendo pobres. Luego, los huérfanos sufrieron otra tragedia, ya que su abuela en primer lugar y después su abuelo ya anciano murieron. Los niños quedaron sin un centavo y sin otros parientes. Sin embargo, habían decidido permanecer juntos.

Otra vez, los instintos de supervivencia y la benevolencia de sus vecinos les permitieron recuperarse y salir adelante. Comenzaron a tejer alfombras en su hogar. Al poco tiempo, otro gobierno llegó al poder, y por primera vez en su vida, Sima fue a la escuela. La infección del oído nunca se le curó, de modo que iba a la escuela caminando con la cabeza gacha, esperando que en el aula nadie se sentara a su lado, para que no se burlaran de ella por el olor.



Alumnas de la escuela en Mazari Sharif.

Estados Unidos (julio de 2001). Elizabeth nació en una de las naciones más ricas de la tierra y en uno de los mejores hospitales maternos especializados que uno pudiera encontrar. Su mundo era tranquilo y estaba intacto. Su familia la amaba y la mimaba. Pero el 11 de septiembre de 2001, al poco tiempo de nacer, el mundo que la rodeaba se desmoronó. No obstante, su vida y su familia quedaron sanas y salvas. No era consciente de los cambios que se daban a su alrededor, de los cuales los adultos hablaban y por los cuales se preocupaban. Cuando se enfermaba, sus padres le proveían una atención médica de excelencia. Llegó a ser una niña fuerte y sana. Luego de cumplir siete meses, sus padres regresaron con ella y sus dos hermanos mayores a su hogar y lugar de trabajo en Afganistán.

Hasta este momento, las vidas de Sima y Elizabeth corrieron por senderos separados, tan distintos como las dos culturas en las que nacieron. Pero poco después de que Elizabeth arribara a Kabul en 2002, sus senderos comenzaron a cruzarse. Los vecinos de Sima, que ahora tenía 10 años, le hablaron a la madre de Elizabeth sobre los niños huérfanos, con el fin de conseguirles atención médica y ayuda humanitaria. Sin embargo, ni siquiera los médicos extranjeros fueron capaces de diagnosticarle adecuadamente a Sima el problema en su oído, debido a las limitaciones de equipamiento médico.

Una noche, Elizabeth, de 3 años por aquel entonces, saludaba alegremente desde la puerta de entrada a su padre, que volvía del trabajo. La bisagra inferior de la puerta contra la cual ella se apoyaba se rompió. Tropezó hacia atrás y con un golpe seco se cayó del porche y aterrizó sobre el suelo de hormigón un metro más abajo, lastimándose la cabeza. Pronto los brazos de sus padres la recogieron y envolvieron. A los pocos minutos le brotaba sangre del oído y rápidamente la llevaron a la mejor instalación médica de Kabul. La atendieron médicos alemanes y en pocos días ya se encontraba bien.

No obstante, su herida permitió que las vidas de Elizabeth y Sima se siguieran cruzando. En una visita de seguimiento médico, Sima pudo acompañarla y logró que la viera el médico alemán que había atendido a Elizabeth, y (¡por fin!) él pudo diagnosticarle el problema que tenía en el oído. Sin embargo, el diagnóstico adecuado trajo una noticia decepcionante, ya que su enfermedad —una infección cercana al cerebro— no podía tratarse en Kabul y, en caso de no tratarla, podía ser letal.

En las semanas posteriores, Sima tuvo la oportunidad de su vida a través de una serie de milagros y respuestas a las oraciones. El primer milagro había llegado con la oportunidad de ver a un especialista alemán en el restringido hospital militar extranjero. Luego, gracias a una carta de presentación que redactó el médico, la vieron y la aceptó una organización alemana que lleva a niños afganos a Alemania para realizarles tratamientos médicos no disponibles en Afganistán.

Justo después del día de San Valentín —14 de febrero—, llegó un día muy aterrador pero emocionante para Sima. Sus hermanos la despidieron con amor para que recibiera uno de los mejores tratamientos médicos del mundo. Sima regresó a Afganistán seis meses después, luego de varias cirugías, curada y con su salud restaurada.

De la sospecha a la confianza y la amistad

(Steve, primavera de 2006)

Hoy terminamos un seminario de jornada completa con el Ministerio de Economía de Afganistán —un encuentro importante que surgió a modo de seguimiento de una conversación anterior entre el Ministerio y uno de los integrantes sénior del personal. Ha habido un gran escepticismo por parte de los funcionarios del gobierno en esta era post 11/S por las actividades de las agencias extranjeras que trabajan en la ciudad de Kabul y que han crecido aceleradamente. Si bien en determinados casos el cinismo es sin dudas justificado, también es cierto que unas pocas manzanas podridas en el cajón han hecho que la gente sea exageradamente crítica y sospeche de *toda* la ayuda humanitaria.

En reacción a las inescrupulosas actividades de unas pocas agencias

extranjeras, el gobierno ha introducido muchas regulaciones nuevas en los últimos meses. Una de esas regulaciones se basó en la suposición de que todas las entidades extranjeras aseguraban sus fondos a través de contratos —y en particular, contratos con grandes contribuyentes o gobiernos. De modo que el Ministerio de Economía está solicitándoles a agencias como la nuestra que presenten los “contratos financieros legales” para los proyectos que llevamos a cabo.

Esto es un desafío para nuestra agencia, ya que una parte importante de nuestros fondos llegan a través de donaciones, ofrendas y diezmos. Cuando citaron a nuestro director del personal afgano ante el Ministerio, describió de manera elegante el trabajo de tantos años que la agencia venía realizando en el país, y que éramos cristianos extranjeros que recibíamos dinero —de forma muy similar a los musulmanes con sus dádivas y limosnas a las obras de caridad— para proyectos que beneficiaban directamente a la gente necesitada. A los funcionarios les asombró que mientras muchas de las naciones “cristianas” de las que proveníamos estaban enviando personal militar a su país, otros cristianos estuvieran expresando amor a su gente a través del servicio y los recursos monetarios utilizados en este caso para ayudar a los pobres. Decían ellos que éramos una agencia a la que podían comprender, aunque ciertamente desafiamos su visión estereotípica de lo que las agencias de asistencia hacen por lo general.

Como parte del diálogo que se inició a raíz de estas conversaciones, les aseguramos que realizábamos auditorías periódicas de nuestros libros contables y los invitamos a acceder a los informes anuales. Nos respondieron que pocos dentro de su departamento entendían de qué se trataban las auditorías, pero que les parecía que estas podrían darles más confianza para comprender el trabajo de las agencias. Les ofrecimos llevar a cabo un seminario de jornada completa para su personal durante la próxima visita de nuestro auditor, y hoy pudimos llevarlo a cabo. El personal del Ministerio pareció apreciar mucho la información que les proveímos y, de esta manera, un adversario potencial pasó a ser un amigo.

Mi historia de paz

(Sara Martin, 2007)³

La pequeña Raima abrió los ojos y gimoteó. No comprendía lo que recién había ocurrido. En un momento estaba disfrutando de un buen sueño; de

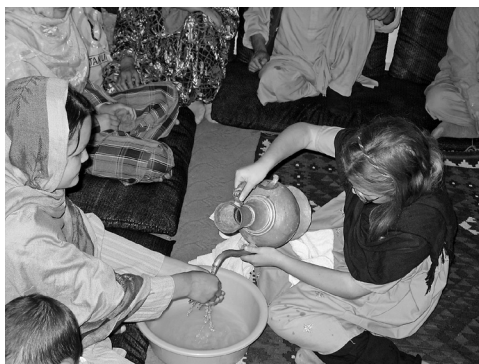
Proverbio persa afgano:

Baar-e kaj ba manzel namerasa. (Lit.: “Un bulto sobrecargado e inclinado no llegará a destino”. Sig.: “La honestidad es la mejor política”.)

³Sara es la hija mayor de Steve y Sheryl Martin. Tenía 11 años cuando escribió esto.

repente sintió un dolor agudo en la cabeza. Y apenas podía respirar. Sus gritos se hicieron más fuertes, y luego de lo que parecieron años —pero que en realidad habían sido unos pocos minutos— un extraño la alzó de entre los escombros.

Como no era lo que ella esperaba, empezó a gemir más fuerte que nunca, para que vinieran su madre y su padre. El hombre la llevó en un autobús. El viaje fue largo y con muchos baches, pero finalmente se durmió, apoyándose sobre el extraño. Luego el hombre se la entregó a una mujer. ¿Era su madre? Raima no sabía, así que se acurrucó contra la mujer. Al menos ahora la persona extraña era una mujer, no un hombre.



Sara sirve a los invitados.

—¿Quién es esta niña? ¿Quiénes son sus padres?— le preguntaron los médicos al extraño.

—No lo sé. Sólo sé que estaba enterrada bajo un montón de escombros de un edificio que bombardearon anoche. Aparentemente era la única persona viva de su familia. Creí que no era justo que muriera, y como era tan pequeña la traje aquí.

Luego de eso, el hombre se fue y nunca más volvieron a verlo.

—Yo me llamo Shirin-jan —le dijo la señora a la pequeña Raima—. ¿Cómo te llamas tú?

Así que esta mujer *no era* su madre. Empezó a gimotear y luego susurró:

—Me llamo Raima.

—Raima, yo te cuidaré hasta que encontremos a alguien de tu familia. Estamos un poco apretados aquí, pero necesitas ayuda con tu cabeza magullada.

Raima asintió con la cabeza antes de dormirse.

Raima se quedó en el hospital durante unos días, durmiendo en una cama que compartía con otras dos personas. Un día, Shirin-jan se acercó a Raima con otras dos personas.

—Raima, ella es Sheryl-jan y Sara-jan. Te llevaré a mi casa después de que ellas terminen de visitarte. ¿De acuerdo?

Raima asintió. Sara-jan, la niña, le dio un gatito de peluche. Nunca había visto un animalito de peluche, pero se parecía a los gatos que veía en la calle, por su casa. Eso les recordó a sus padres y se largó a llorar.

Shirin-jan llevó a Raima a su casa y cuidó de ella. Un día, su tía fue a buscarla y la llevó a su aldea. Aparentemente, su madre había sobrevivido,

aunque perdió ambas piernas. Espero que hoy vivan juntos y felices, y que la vida no sea demasiado dura para ellos. Aunque desafortunadamente, en Afganistán, esto sería muy difícil, ya que en Afganistán, una mujer sin piernas no tiene mucho valor para un hombre. Por lo tanto, es probable que la madre de Raima nunca vuelva a casarse, y para una mujer es difícil encontrar trabajo. Acuérdense de la pequeña Raima y su madre, y oren por ellas.

Dar y recibir: ambas van de la mano

(Sheryl, mayo del 2007)

Pasó mucho tiempo desde aquel día de septiembre de 1991 cuando conocimos a nuestros primeros vecinos en Kabul. Ahora me río entre dientes al recordar cuán ignorantes de la cultura fuimos y con cuántas ganas fuimos a su casa. Hemos aprendido tanto al vivir acá a lo largo de tantos años. Los afganos nos han enseñado la maravilla de su hospitalidad y supervivencia en circunstancias difíciles.

Cuando estábamos por concluir nuestro tiempo aquí en Afganistán, invitamos a Hussein y Gul-jan a cenar en casa. Una de mis decepciones de estos años es lo difícil que ha sido conectarnos con familias afganas. Según la costumbre, los hombres y las mujeres deben tener vidas sociales distintas. Yo conozco a muchas mujeres con quienes tomo té, converso y visito. Steve también tiene algunos amigos afganos. Sin embargo, hay pocas familias con las cuales nos hemos conectado como tal. Pero *sí* conocemos a Hussein y Gul-jan y sus hijos desde hace muchos años, y nuestros hijos han tenido buenas interacciones juntos.

Luego de disfrutar juntos esta tarde de un arroz pilaf kabulí con albóndigas, nos sentamos sobre almohadones para tomar té. Nuestros hijos jugaron juntos al UNO y con los duplos. Otro amigo expatriado nos acompañó. Pasamos una tarde relajada y normal.

Más tarde, nuestro amigo expatriado, un hombre casi recién llegado a Afganistán, nos contó cuánto disfrutó el día. Dijo: “Lo mejor fue el ejemplo del amor de Jesús que ustedes le mostraron a esa familia afgana. ¡Toda la familia de ustedes participó de servirlos a ellos y a mí! Me conmovió y desafió su demostración de servicio.”

Luego de ir a Afganistán a servir a los afganos y darles un testimonio de paz, nos fuimos con la experiencia de haber recibido y aprendido tanto como habíamos dado. El privilegio de vivir y trabajar entre los afganos quedará dentro de nosotros para siempre.

Proverbio persa afgano:

Aanchi delam khaast na aan shud; aanchi khudaa khaast amaan shud.
 (“Lo que mi corazón deseaba no sucedió; en lugar de ello, sucedió lo que Dios quería”.)

La obra de Dios continúa ...

(Steve y Sheryl, 2012)

Diakonia—la palabra griega para el servicio en nombre del amor de Jesús— sigue desafiándonos cinco años después de regresar al “país de nuestro pasaporte”. La puerta para servir en Afganistán sigue entreabierta. En el Nuevo Testamento, libro de Hebreos, se nos habla de la “gran nube de testigos” en derredor nuestro. Al reflexionar sobre Afganistán, recordamos esa nube en los nombres de amigos y colegas que han dado su vida en Afganistán —nombres como Richard, Carol, Herb, Tom, Dan y Al. Todos ellos influyeron grandemente en nuestro llamado al servicio y Jesús les ha dado la bienvenida a su hogar.

Los accidentes, las enfermedades y la violencia han hecho que estos testigos pasaran de esta vida a la siguiente. Otras personas con quienes trabajamos han regresado a su país de origen, y muchas de ellas sirven hoy en otros lugares del mundo. Y hay otros aun que permanecen en el amor de Jesús, dado que la puerta para servir en Afganistán sigue abierta a pesar de los continuos obstáculos. Nuestra historia se ha mezclado con las suyas, y la historia de la generación que nos sigue se está mezclando con la nuestra. Tal es el tapiz de *diakonia* en Afganistán y en todo el mundo.

Nunca digamos “Amén”

(Sara Martin, 2012)⁴

Sucedió un día a principios de agosto. Era un día de perros y uno de los más calurosos del verano —tierra seca, un calor abrasador y días largos. La comida que mi tenedor cargaba estaba iniciando su largo y solitario recorrido hacia mi boca, cuando su impulso acabó de un tirón y se detuvo mientras yo le echaba un vistazo a las noticias matutinas por televisión. Lo que veía era pasmoso: en una tierra aparentemente poco importante llamada Afganistán, una mujer rubia de menos de 30 años estaba fuera de lo que fácilmente podría haber sido mi antigua casa. Cuando vi las montañas detrás de la casa pensé: “Esas montañas... son aquellas con las que me crié y las veía todos los días. Esa montaña es mía. Es parte de mí”.

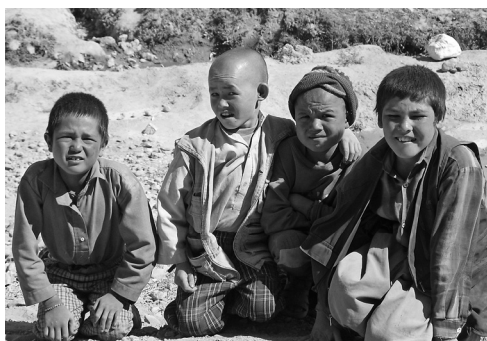
Una vez que me repuse de la conmoción inicial de ver mi antiguo vecindario, me concentré en lo que el reportero decía: “Diez estadounidenses secuestrados. Al menos dos muertos”. Las palabras retumbaban en toda la sala. Yo quería mirar hacia otro lado, pero no podía. El televisor me atrajo

⁴El año pasado, a la edad de 15 años, Sara, hija de Steve y Sheryl, ganó una llave de oro de los Premios Scholastic a la Escritura y la Biblioteca Pública de Lancaster (Pensilvania) por este ensayo.

hasta que parecía que en el mundo sólo estábamos el aparato y yo. El tiempo se detuvo. La enormidad de esta noticia impactante me dio un puñetazo en el estómago. A menudo oigo de bombarderos suicidas que matan a soldados en Afganistán, pero por lo general logro anular esas noticias bastante rápido. Pero ese día intuí que estas muertes me cambiarían la vida para siempre. Lo sabía. De algún modo lo sabía. Estas personas asesinadas eran mis conocidos, amigos de la familia y hasta abuelos postizos.⁵

Ese mismo día mis padres confirmaron mi intuición. Yo solamente conocía a dos de las diez personas que murieron: Tom y Dan. Tom, un hombre tranquilo y amable —el esposo de mi maestra de tercer grado— cuidó a los afganos durante muchísimas horas. Y Dan, una de las personas que yo en realidad no conocí personalmente, siempre estaba presente cuando yo era pequeña.

Dos meses más tarde, estaba en un encuentro que me recordaba tiempos pasados. Unas horas antes, a la tarde, habíamos llorado en el funeral de Tom. Un funeral que a mí me pareció más una celebración: celebramos que nuestros amigos habían dejado esta parada de autobús llamada vida y estaban listos para empezar a vivir con Jesús. Los presentes en este encuentro eran algunas de las personas que habían



Niños en Bamiján.

servido en Afganistán con nosotros. Al criarme lejos de mi familia extendida, esta gente se había convertido en mis abuelos, tíos y primos.

Los niños nos sentamos en el piso para jugar con distintos juegos y comer *brownies* y helado de chocolate granizado con menta. Hacía demasiado calor en la casa en la que estábamos. Había al menos dos gatos dando vueltas. A raíz de esto, mi hermano Micah estornudó un cuatrillón de veces y nos bañó a todos sin que lo pidiéramos, dado que es alérgico a los gatos. Yo me aburrí de los juegos y deambulé hacia donde había unos álbumes de fotos sobre una mesita. Tomé uno que tenía una tapa de imitación de cuero marrón titulado “Pakistán ’95-’98”. Esperando encontrar una foto de mí, empecé a pasar las hojas del álbum. Mi tercer cumpleaños fue en Pakistán, pero aparentemente había tomado el álbum equivocado. No encontré ninguna foto mía.

⁵ Para conocer los detalles de esta trágica masacre, ver Jonathan P. Larson, *Making Friends among the Taliban: A Peacemaker's Journey in Afghanistan* (Harrisonburg, VA: Herald Press, 2012), en particular el capítulo 7. Ver también el documental, *Weaving Life*, sobre una de las personas que murieron —el trabajador por la paz y voluntario, Dan Terry. Disponible en www.MennoMedia.org/WeavingLife.

Sí había muchas muy tiernas —niños asiáticos que sonreían tímidamente, mujeres que escondían sus rostros detrás de pañoletas negras y hombres con aspecto de abuelos ancianos que mostraban sus sonrisas sin dientes.

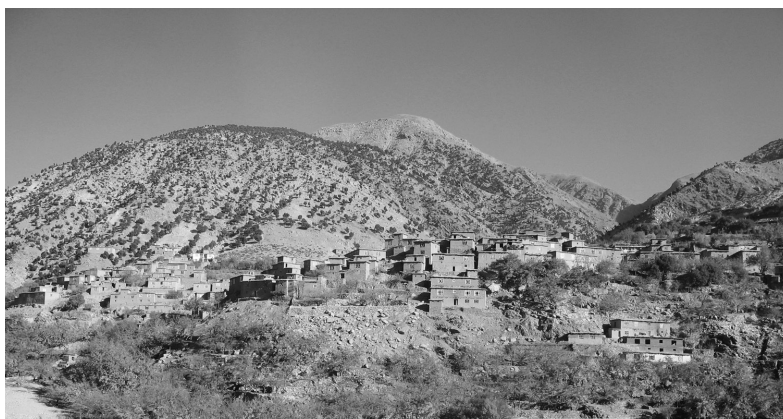
Uno de los gatos debió de haberse cansado de atormentar a mi hermano porque se acercó a mí. Dejé el álbum y la empecé a acariciar. No era una gatita bonita, aunque sí de pelaje suave y temperamento dulce. Completamente distinta a la gata de mis primos, que muerde y rasguña constantemente a los niños. Con sus rayas negras y grises me recordaba a Tigger, de *Winnie Pooh*. Escuchaba las conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor y estaba perfectamente contenta allí con esa gata. Estrujé a la gata contra mí, recordando las cenas pasadas que habíamos tenido con estas mismas personas.

La mesa del comedor tenía un mantel bordado y sobre él había copas artesanales de vidrio azul de Herat, la capital cultural de Afganistán. Recuerdo que en los primeros años me quedaba en la mesa lo más que podía, escuchando disimuladamente las conversaciones de los adultos. Así logré oír muchas historias divertidas, aunque tristes. Como la de un hombre al que lo atacó un toro y la de una embarazada que montó un burro durante días para llegar a una clínica médica, sólo para que le dijeran que su niño nunca viviría. Oí historias de leones en África, de talibanes que querían robarles a mis padres y muchos relatos de la bondad de Dios en una tierra de la cual algunos dirían que Dios la abandonó.

Luego del postre, solía pasar de la mesa a un *toshak*⁶ que había detrás del calefactor a leña. Allí me sentaba soñolienta a leer un libro junto a una luz solar, ya que no teníamos electricidad, o me disponía a escuchar más historias de una vida arriesgada en los lugares más recónditos del país.

Sin embargo, la conversación de ese sábado por la noche ya no era sobre la vida en los lugares más recónditos de Afganistán. En lugar eso, era sobre perdonar a los hombres, ya fuesen talibanes u otros, que mataron a Tom y Dan aquel día de principios de agosto. Alguien mencionó que debíamos orar antes de irnos una vez más cada cual por nuestro camino. Así que nos amontonamos en la sala de estar como asiáticos abarrotados en un autobús. Los adultos hicieron pedidos de oración durante un rato. Luego empezamos a orar en grupo. De repente, sentí que volvía a tener 4 años, echada sobre el piso junto a un calefactor a leña, sintiendo que el calor se me trepaba a cada rincón escondido del alma. Era una niña otra vez en los brazos de mi Padre, cerca de Su corazón. Teníamos en esa sala la inconfundible sensación de una Presencia mayor. Los temores y las preocupaciones se derritieron tan

⁶El *toshak* es la versión afgana del sofá. Es una almohada larga que se pone sobre el piso con almohadones más pequeños contra la pared a modo de respaldo.



Aldea montañosa afgana.

rápido como la nieve en primavera. Los muros que rodeaban mi corazón se derrumbaron. Dejé que Jesús me amara y animara.

Antes, ese mismo día, un orador dijo durante el funeral que aunque Tom y Dan completaron el día en que murieron la obra que Dios les había encomendado, no habían llegado a casa. Ahora yo tenía el impulso de clamar y agradecer a Dios que *sí* habían llegado a casa. Nunca tuvieron una casa de verdad en esta tierra. Ahora están por fin verdaderamente en su casa del cielo. Al ser una niña prudente y tímida, no seguí mi impulso en ese momento. Pero por dentro le pedí a Dios que les permitiera también a los demás comprender que el cielo era el verdadero hogar de Tom y Dan.

Rachel, una chica en edad universitaria que estaba sentada en una silla detrás de mí, vino hasta el piso donde yo estaba sentada y me apretó cariñosamente el hombro. Me pregunto si ella sabía cómo me sentía en ese momento. El corazón se me llenó de sentimientos de amor, confianza y libertad. Podía hacer cualquier cosa, ser una vez más cualquier cosa que quisiera, como cuando los niñitos creen que pueden llegar a ser Superman.

“Nunca digamos ‘Amén’”, empecé a rogar por dentro. “Por favor, Dios, que nunca digamos ‘Amén’”. Ya estaban haciendo la oración de cierre, pero yo seguía rogando: “Que nunca digamos ‘Amén’.” Y por supuesto, *sí* pronunciaron el “Amén”; todos nos abrazamos y nuestro círculo se desarmó lentamente. Igualmente, espero ver a estas personas, mi “familia extendida”, muchas veces antes del cielo. Espero que nunca tengamos que volver a decir “Amén”. Pero aun si lo decimos y aun si nunca las vuelvo a ver de este lado del cielo sigo agradecida de que Jesús me regaló ese encuentro como recuerdo de que todo sobre mi vida en Afganistán no está muerto, aunque parezca así.

Afganistán: cronología histórica

A lo largo de los siglos

- | | |
|---------------------|---|
| 2000–1500 AC | Gobiernan tribus arias; se funda la ciudad de Kabul. |
| 600 AC | El zoroastrismo hace incursión en Afganistán. |
| 522–486 AC | Darío el Grande expande el imperio persa por la región, plagada de revueltas tribales alrededor de Kandahar. |
| 329–326 AC | Alejandro Magno conquista la región, pero enfrenta constantes rebeliones y no logra someter al pueblo. |
| 400 DC | Invasión de los hunos blancos, quienes destruyen la cultura budista. |
| 652 DC | Los árabes introducen el islam. |
| 1219–1221 DC | Invasión de Gengis Kan; destruye sistemas de irrigación, convirtiendo los suelos fértiles en desiertos permanentes. |
| 1273 DC | Marco Polo cruza el norte de Afganistán. |
| 1504–1519 DC | Se funda la dinastía Mogol. |
| 1747 DC | Se funda la Afganistán moderna. |
| 1839–1842 DC | Primera guerra angloafgana; concluye con una humillante derrota para los británicos. |
| 1859 DC | La Línea Durand delimita la frontera entre Afganistán y la India Británica, dividiendo las regiones tribales afganas y dejando a la mitad de ellos en lo que hoy es Pakistán. |
| 1878 DC | Segunda guerra angloafgana; se instala inmediatamente una fuerte resistencia. |
| 1921 DC | Tercera guerra angloafgana; los británicos son derrotados nuevamente. Afganistán asume todo el control de las relaciones exteriores. |
| 1933–1973 DC | El rey Zahir Shah gobierna Afganistán. |
| 1934 DC | Estados Unidos reconoce a Afganistán como Estado soberano. |
| 1959 DC | Se les permite a las mujeres trabajar fuera del hogar. |

Acontecimientos más recientes

- Julio de 1973** Comunistas afganos derrocan al rey Zahir Shah; comienzo de la era actual del conflicto.
- 1978** Los muyahidines —combatientes por la libertad— se establecen para resistir el gobierno comunista.
- Diciembre 1979** Una invasión soviética apoya al gobierno comunista.
- 1988–feb.1989** La Unión Soviética es derrotada/se retira.
- Abril de 1992** Los muyahidines derrocan al gobierno comunista e instauran un gobierno interino.
- Agosto de 1992** Estalla una guerra civil generalizada entre grupos de muyahidines.
- Fines de 1994** Los talibanes se establecen cerca de Kandahar en respuesta a la guerra civil
- Septiembre 1996** Los talibanes toman el control de Kabul.
- Agosto de 1998** Estados Unidos envía misiles de crucero dirigidos a los campos de entrenamiento de Osama bin Laden.
- Marzo del 2001** Los talibanes destruyen a los Budas de Bamiyán.
- Septiembre 2001** Ataque a las Torres Gemelas de Nueva York.
- Octubre del 2001** Tropas internacionales y resistencia afgana atacan bastiones de los talibanes.
- Noviembre del 2001** Kabul deja de estar bajo control de los talibanes.
- Octubre del 2004** Elecciones presidenciales; Hamid Karzai resulta electo.
- Septiembre 2005** Elecciones parlamentarias.
- 2006** Se reabre la embajada estadounidense luego de su cierre en 1979 por el asesinato del embajador.
- 2010** Incremento repentino de tropas de EE. UU.
- 2011** Osama bin Laden, muerto en un asalto iniciado por Jalalabad.
- 2014** Año estipulado para la retirada de las tropas estadounidenses.

Preguntas para reflexionar y debatir

1. ¿Qué fue lo que más lo impactó acerca de las experiencias que relatan los Martin en este librito? ¿Qué historia lo marcó más profundamente?
2. ¿Cuál de las siguientes palabras describe mejor la decisión de los Martin de criar una familia en Afganistán?: ¿valiente, arriesgada, un acto de fe, irresponsable, elogiabile, otra?
3. Al escribir, los Martin mencionan con frecuencia los proverbios afganos. ¿De qué modo ayudan a comprender más la vida en Afganistán y el ministerio de los Martin allí?
 - “Hay un camino de corazón a corazón”.
 - “Si te sientas con nosotros, serás como nosotros”.
 - “Las paredes tienen ratones y los ratones tienen orejas”.
 - “Un buen vecino es mejor que mil parientes”.
 - “Lo que mi corazón deseaba no sucedió; en lugar de ello, sucedió lo que Dios quería”.
4. Los Martin hablan de una pobreza considerable, guerra, impotencia y desesperación. Sin embargo, en medio de estas condiciones, ellos resaltan los “destellos de esperanza”. ¿Cuál de esos “destellos” se destaca más para usted en su historia?
5. Al describir sus sentimientos sobre el 11/S, los Martin dicen estar “divididos entre ‘el país de nuestro pasaporte’ y ‘nuestro país anfitrión’”. ¿A qué se refieren con esto? ¿Alguna vez vivió una experiencia parecida? ¿Le resultó normal, vergonzoso, comprensible, molesto o poco patriótico sentir esas cosas?
6. ¿Cuál cree que debería ser el rol de la iglesia en lugares donde el testimonio cristiano está altamente restringido o directamente prohibido? ¿Conviene ser una presencia silenciosa? ¿Trabajar clandestinamente ante las normas gubernamentales? ¿O alejarse directamente de tales lugares?
7. John Lapp afirma en el prólogo que “los Martin trataron de estar donde Dios estaba obrando en Afganistán, procurando hacer su parte del trabajo para llevar sanación y esperanza a este contexto tan desafiante” (página 2). ¿De qué manera difiere esto del llamado de todos los seguidores de Jesús? ¿Cómo se traduce esto a su contexto y el de su congregación?

Lectura adicional

- AHMEDI, Farah, con Tamim ANSARY, *The Other Side of the Sky: A Memoir* (New York: Simon & Shuster, 2005).
- CRAGG, Kenneth, *The Call of the Minaret* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1989).
- EASWARAN, Eknath, *Nonviolent Soldier of Islam: Badshah Khan, A Man to Match His Mountains* (Tomales, CA: Nilgiri Press, 1999).
- HOPKIRK, Peter, *The Great Game: The Struggle for Empire in Central Asia* (New York: Kodansha America, Inc., 1994).
- HOSSEINI, Khaled, *The Kite Runner* (New York: The Berkley Publishing Group, 2003).
- HOSSEINI, Khaled, *A Thousand Splendid Suns* (New York: The Penguin Group, 2007).
- KRABILL, James R., SHENK, David W., y STUTZMAN, Linford, *Anabaptists Meeting Muslims: A Calling for Presence in the Way of Christ* (Scottsdale, PA: Herald Press, 2005).
- LARSON, Jonathon P., *Making Friends among the Taliban: A Peacemaker's Journey in Afghanistan* (Harrisonburg, VA: Herald Press, 2012).
- RASHID, Ahmed, *Taliban: Militant Islam, Oil and Fundamentalism in Central Asia* (New Haven, CT: Yale University Press, 2000; 2nd ed., 2010).
- SEIERSTAD, Åsne, *The Bookseller of Kabul* (New York: Back Bay Books, 2004).
- SHENK, David W., *Journeys of the Muslim Nation and the Christian Church: Exploring the Mission of Two Communities* (Scottsdale, PA: Herald Press, 2003).
- Ver también el documental, *Weaving Life*, sobre Dan Terry, un pacifista y voluntario asesinado en Afganistán. Disponible en: www.MennoMedia.org/WeavingLife.

La serie de *Missio Dei*

- Nro. 1 Calvin E. Shenk, *Understanding Islam: A Christian Reflection on the Faith of our Muslim Neighbors* (2002).
- Nro. 2 James R. Krabill, *Does Your Church “Smell” Like Mission? Reflections on Becoming a Missional Church* (2003).
- Nro. 3 Donna Kampen Entz, *From Kansas To Kenedougou ... And Back Again* (2004).
- Nro. 4 Alan Kreider, *Peace Church, Mission Church: Friends or Foes?* (2004).
- Nro. 5 Peter Graber, *Money and Mission: A Discernment Guide for Congregations* (2004).
- Nro. 6 Craig Pelkey-Landes, *Purpose Driven Mennonites* (2004).
- Nro. 7 James R. Krabill y Stuart W. Showalter, editores, *Students Talk About Service* (2004).
- Nro. 8 Lynda Hollinger-Janzen, “A New Day in Mission:” *Irene Weaver Reflects on Her Century of Ministry* (2005).
- Nro. 9 Delbert Erb and Linda Shelly, *The Patagonia Story: Congregations in Argentina and Illinois Link “Arm-in-Arm” for Mission* (2005).*
- Nro. 10 *Together in Mission: Core Beliefs, Values and Commitments of Mennonite Mission Network* (2006).*
- Nro. 11 James R. Krabill, editor, *What I Learned from the African Church: Twenty-Two Students Reflect on a Life-Changing Experience* (2006).*
- Nro. 12 Ryan Miller y Ann Graham Price, editores, *Together, Sharing All of Christ with All of Creation* (2006).*
- Nro. 13 Michael J. Sherrill, *On Becoming a Missional Church in Japan* (2007).*
- Nro. 14 Alicia Horst y Tim Showalter, editores, *BikeMovement: A Mennonite Young Adult Perspective on Church* (2007).*
- Nro. 15 Jackie Wyse, *Digging for Treasure in Your Own Backyard: Reflections on Missional Experiments in the Netherlands* (2007).*
- Nro. 16 Alan Kreider, *Tongue Screws and Testimony* (2008).*
- Nro. 17 Conrad L. Kanagy, *No Purse, No Bag, No Sandals: A Profile of Mennonite Church Planters, 1990-2005* (2008).*
- Nro. 18 Palmer Becker, *What Is an Anabaptist Christian?* (2008). Edición revisada (2010).*
- Nro. 19 M. Daniel Carroll R., *Immigration and the Bible* (2010).*
- Nro. 20 Matthew Krabill y David Stutzman, editores, *New Anabaptist Voices* (2012).*
- Nro. 21 Steve y Sheryl Martin, *For God so Loved Afghanistan: Journal Selections from 16 Years of Family Living in a War-torn Land.* (2013).*

Porque tanto amó Dios a Afganistán

Selección de diarios de una familia que vivió 16 años en una tierra devastada por la guerra

Steve y Sheryl Martin

Como adultos jóvenes, Steve y Sheryl Martin sintieron un llamado a servir a Dios internacionalmente. A partir de las convicciones que desarrollaron en parte durante la guerra del Golfo en 1991, se convencieron de la importancia de un testimonio de paz en esa parte del mundo.

Sheryl y Steve sirvieron en Afganistán con la Red Menonita de Misión y una de sus agencias antecesoras durante 16 años, desde septiembre de 1991 hasta junio de 2007. Vivieron en Kabul, excepto durante dos momentos en los que estuvieron en Mazari Sharif por razones de inseguridad (1992 y 1996-1997) y dos licencias que se tomaron para regresar a su hogar en Estados Unidos (1995 y 2001).

Steve trabajó en el departamento de finanzas de una organización internacional no gubernamental, de la cual fue director financiero en 1997. Sheryl sirvió principalmente como enfermera, gran parte del tiempo en salud maternoinfantil. También trabajó esporádicamente en salud comunitaria y oftalmología.

Los tres hijos de los Martin —Sara (1995), Micah (1998) y Elizabeth (2001)— los acompañaron en su visión de servicio a los afganos. Al participar de un equipo internacional amplio, tuvieron muchas interacciones con distintas culturas y asistieron a una escuela internacional pequeña en inglés.



Together, sharing
all of Christ
with all of creation

Toll-free: 1-866-866-2872
Español: 1-877-665-6662
www.MennoniteMission.net

Steve y Sheryl Martin viven en el condado de Lancaster, Pensilvania. Steve es director financiero de Misiones Menonitas de Oriente. Sheryl trabaja a tiempo parcial como enfermera matriculada para Friendship Community. Sus hijos asisten a escuelas públicas de la zona de Ephrata.



**Red
Menonita
de Misión**

La agencia de misión de la
Iglesia Menonita EE.UU.